

La manifestación del Salvador

¡Levántate, resplandece porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti! Porque las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad, a las naciones, pero sobre ti brillará el Señor y su gloria aparecerá sobre ti. Las naciones caminarán a tu luz y los reyes, al esplendor de tu aurora.

Mira a tu alrededor y observa: todos se han reunido y vienen hacia ti; tus hijos llegan desde lejos y tus hijas son llevadas en brazos. Al ver esto, estarás radiante, palpitará y se ensanchará tu corazón, porque se volcarán sobre ti los tesoros del mar y las riquezas de las naciones llegarán hasta ti. Te cubrirá una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efé. Todos ellos vendrán desde Sabá, trayendo oro e incienso, y pregonarán las alabanzas del Señor (Is. 60, 1-6).

*Concede, Señor, tu justicia al rey
y tu rectitud al descendiente de reyes,
para que gobierne a tu pueblo con justicia
y a tus pobres con rectitud.
Que las montañas traigan al pueblo la paz,
y las colinas, la justicia;
que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos de los pobres
y aplaste al opresor.
Que dure tanto como el sol y la luna,
a lo largo de las generaciones;
que sea como lluvia que cae sobre el césped
y como chaparrones que riegan la tierra.
Que en sus días florezca la justicia
y abunde la paz, mientras dure la luna;
que los reyes de Tarsis y de las costas lejanas
le paguen tributo.
Que los reyes de Arabia y de Sebá
le traigan regalos;
que todos los reyes le rindan homenaje
y lo sirvan todas las naciones.
Porque él libraré al pobre que suplica
y al humilde que está desamparado.
Tendrá compasión del débil y del pobre,
y salvará la vida de los indigentes.
Los rescatará de la opresión y la violencia,
y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos (Sal. 72, 1-7 y 10-14).*

Seguramente habrán oído hablar de la gracia de Dios, que me ha sido dispensada en beneficio de ustedes. Fue por medio de una revelación como se me dio a conocer este misterio, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras. Al leerlas, se darán cuenta de la comprensión que tengo del misterio de Cristo, que no fue manifestado a las generaciones pasadas, pero que ahora ha sido revelado por medio del Espíritu a sus santos apóstoles y profetas. Este misterio consiste en que también los paganos participan de una misma

herencia, son miembros de un mismo Cuerpo y beneficiarios de la misma promesa en Cristo Jesús, por medio del Evangelio. De este Evangelio, yo fui constituido ministro por el don de la gracia que recibí de Dios, en virtud de la eficacia de su poder.

Yo, el menor de todos los santos, he recibido la gracia de anunciar a los paganos la insondable riqueza de Cristo, y poner de manifiesto la dispensación del misterio que estaba oculto desde siempre en Dios, el creador de todas las cosas para que los Principados y las Potestades celestiales conozcan la infinita variedad de la sabiduría de Dios por medio de la Iglesia. Este es el designio que Dios concibió desde toda la eternidad en Cristo Jesús, nuestro Señor, por quien nos atrevemos a acercarnos a Dios con toda confianza mediante la fe en él (Ef. 3, 2-12).

Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo”. Al enterarse, el rey Herodes quedó desconcertado y con él toda Jerusalén. Entonces reunió a todos sus sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo para preguntarles en qué lugar debía nacer el Mesías. “En Belén de Judea, le respondieron, porque así está escrito por el Profeta:

*Y tú, Belén, tierra de Judá,
ciertamente no eres la menor
entre las principales ciudades de Judá,
porque de ti surgirá un jefe
que será el Pastor de mi pueblo, Israel”.*

Herodes mandó llamar secretamente a los magos y después de averiguar con precisión la fecha en que había aparecido la estrella, los envió a Belén, diciéndoles: “Vayan e infórmense cuidadosamente acerca del niño, y cuando lo hayan encontrado, avísenme para que yo también vaya a rendirle homenaje”. Después de oír al rey, ellos partieron. La estrella que habían visto en Oriente los precedía, hasta que se detuvo en el lugar donde estaba el niño. Cuando vieron la estrella se llenaron de alegría, y al entrar en la casa, encontraron al niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje. Luego, abriendo sus cofres, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. Y como recibieron en sueños la advertencia de no regresar al palacio de Herodes, volvieron a su tierra por otro camino (Mt. 2, 1-12).

La luz ha llegado a nosotros

La luz ha llegado a nosotros, la luz de Dios, amor en Jesucristo. Aunque aún haya noche en el mundo, aunque aún reinen el mal y la muerte, la luz ya brilla. Es tiempo de Epifanía, de la manifestación de la gloria de Dios. Es el momento de alzar nuestra vista, permitir que el mismo rostro de Dios nos ilumine y renacer –por ello– a la vida y la esperanza.

Adviento, Navidad, Epifanía, el tiempo de la luz: la luz que está a los lejos, la luz que irrumpe y la luz presente libremente en este mundo nuestro. La luz se hace presente con suavidad y delicadeza en el rostro del niño acunado por su madre, en la presencia de los que vienen a adorarlo. La divinidad se ha empequeñecido como para que nosotros lo abracemos e inclinemos con ternura nuestras cabezas sobre él. Pero también es tiempo lleno de las sombras del mal y el odio, de la ignorancia y resistencia a la luz.

En los comienzos de su historia, la Iglesia marcaba dos tiempos en el año: La pascua y la Epifanía. En esos tiempos se bautizaba, llegaba la luz a los nuevos creyentes. Después, y sobre todo en el siglo 19, el énfasis recayó en la Navidad, dejando a un lado esa manifestación de la gloria de Dios en Jesús, gloria manifestada para salvación de todo el mundo, ocasión en que representantes de pueblos lejanos llegan a adorar al Salvador. Y también cuando la maldad del mundo, en Herodes, se opone al amor misericordioso de Dios en Jesucristo.

Durante todo el año que resta se nos llama, se nos convoca, a adorar al niño, al niño que crecerá para traernos a todos misericordia y salvación. Pero Epifanía, también, traza una línea y nos pregunta en qué lado nos ubicaremos. Epifanía manifiesta la gloria del amor de Dios y, a la vez, como personas y pueblos, revela lo que en verdad somos y deseamos ser ante los ojos de Dios.

¡Levántate, resplandece porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti! Dios se hace presente, proclama Isaías. Él le habla a su propio pueblo sumido en la desesperanza, agobiado por el destierro, y le anuncia que todos los pueblos se llegarán en busca de Dios, como los visitantes de oriente al pesebre en Belén.

El Salmo canta y exhorta

Se alegra ante la novedad salvadora y desafía a nuestra propia realidad de injusticia: *Que dure tanto como el sol y la luna, a lo largo de las generaciones; que sea como lluvia que cae sobre el césped y como chaparrones que riegan la tierra (Sal. 72, 7-8).*

Nos anima ante el nacimiento del Niño entre nosotros, el dominio de Dios es de amor y justicia, de esperanza y sanación, de liberación y perdón. Habla a todos los que sufren desamparo, a los que carecen de justicia. Nadie está excluido de la esperanza de salvación, todos son bienvenidos por Cristo Jesús es Emmanuel, Dios con nosotros. Todos somos, mediante el Niño, hechos hijos e hijas de Dios, todos participamos de la generosidad del amor by perdón de Dios, todos y todas somos abrazados por Dios en amor.

Como dice San Pablo cuando explica su tarea misional: *Este es el designio que Dios concibió desde toda la eternidad en Cristo Jesús, nuestro Señor, por quien nos atrevemos a acercarnos a Dios con toda confianza mediante la fe en él (Ef. 3, 11-12).*

La Epifanía comienza:

Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo”.

Unos sabios que buscan sentido y esperanza para su mundo y para ellos; un rey que utiliza a la fe y sabiduría de escribas y fariseos para sus egoístas y crueles propósitos de dominio. Una estrella y un niño con su madre.

La luz entra en el mundo y reúne a los que pueden ver y no se niegan a ello. La Epifanía proclama que la gloria oculta del Dios de amor brilla aquí en la tierra, incluso cuando el horror, el desprecio por la vida y la justicia muestran su poder.

La luz de la Epifanía es el anticipo de la resurrección. Ahora vivimos en el tiempo de la luz, de la luz del amor de Dios. Claro también nos habla del poder de Herodes, del poder de gobernantes y naciones, de la connivencia entre poder y religión, de la masacre de los niños y la traición de los que gobiernan, servidores convertidos en patrones. Frente a ellos Dios se revela en los pobres, los inmigrantes, las mujeres y los niños, los extranjeros que vienen de lejos, las estrellas, los regalos y los sueños.

El nacimiento de Jesús el Cristo atraviesa seres humanos y destinos políticos e incluso maneras de ver lo religioso. Los magos son los simples que anuncian: *Vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo (Mt. 2, 2b).* Pero la estrella desconocida y el nacimiento del niño plantean una amenaza y el poder reacciona, consulta, confirma y decide eliminar la supuesta amenaza a su dominio. Ya matado a algunos de sus parientes para asegurarse el poder, quiere convertir –sin decirlo– en delatores a los magos.

Estos se enteran que han de ir a Belén y al ir encuentran nuevamente su estrella que les indica el lugar. *Al entrar en la casa, encontraron al niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje (Mt. 2, 11^o).* Como los pastores, los magos adoran al niño, le entregan sus vidas. Y, nosotros, ¿qué le entregamos? ¿Nos convertimos en portadores de su luz, la luz de la Epifanía? El regalo de los magos reconocía quién era el niño: oro porque su reinado, incienso

pro su divinidad, mirra por su humanidad. ¿Qué daríamos nosotros? ¿Qué daría tu familia, tu comunidad de fe? ¿En este siglo nuevo qué ofrecemos a este niño de justicia y paz? Los regalos que ofrezcamos mostrarán la naturaleza de nuestra adoración. Cuando los magos regresan a su tierra lo hacen por otro camino, nosotros cuando encontramos al Niño en Belén tomamos otro camino de vida: el camino de la conversión y el arrepentimiento, el camino de la cruz y la resurrección, el camino de la vida para todos y para todas, el camino de la justicia compartida, el camino de la paz.

Conclusión

Epifanía, presencia de Dios en el mundo, presencia de la luz, la paz, la justicia y la verdad. Un día todos rendiremos culto y adoraremos su presencia entre nosotros., Hoy, en este tiempo, estamos llamados a ser el discípulo amado que conoce la presencia de Jesucristo, Dios que es amor y paz. En el relato Dios tiene rostro humano y así lo veremos en todo humano, particularmente en los que sufren. Llegó el tiempo en que seamos nosotros y nosotras epifanías de Dios e iluminemos el mundo con su justicia y su paz. Llegó en la hora que Dios nos utilice para venir al mundo en este año. Amén.